

RESEÑAS

AMOR Y COLERA POR LA ÚLTIMA NOVELA DE G. G. M.

Carlos Uribe Celis

I

Desde el punto de vista de su estructura externa, de la armazón arquitectónica, el último libro de GGM parece hecho con regla y compás, construido matemáticamente en seis capítulos precisos, de aproximadamente 75 páginas cada uno, salvo el final que se permite una prolongación equivalente a la mitad de la mitad de uno cualquiera de los otros capítulos y que el agrimensor riguroso de infolios romanescos excusaría sin molestia como el espacio justo de un justo epílogo. Ya desde ese detalle literalmente superficial se entrevé —se presume en el autor— la voluntad de hacer una novela en que el lector perciba de modos varios la habilidad probada del maestro, los trazos sabios del artista curtido.

el lenguaje de *El amor en los tiempos del cólera* es barroco, a ratos casi preciosista. Hay una exquisita artesanía literaria que recorre como una música perpetua y hechicera todos los párrafos del libro, escrito realmente para leerse en voz alta: "Fue un viaje demente —dice en la pág. 117— /.../ Al tercer día de camino una mula enloquecida por los tábanos se desbarrancó con su jinete y arrastró consigo la cordada entera y el alarido del hombre y su racimo de siete animales amarrados entre sí continuaba rebotando por cañadas y cantiles varias horas después del desastre y siguió resonando durante años y años en la memoria de Fermina Daza". El torrente de vocales abiertas que parece tan natural a la lengua de Cervantes se ilumina aquí con el contraste de las 'ies' cuya armoniosa distribución y punzante sonido presta al texto una viveza y un ritmo indudables.

Como siguiendo la cartilla del buen estilista, pero seguramente sin cartilla, y más bien inspirado por su fino sentido musical y de narrador diestro, GGM apela a las adjetivaciones originales y como los poetas simbolistas a las sinestecias. Habla de la "paciencia mineral", del "hálito floral", de la "superstición cívica", de la muerte a una "edad oriental", de "la salud de piedra de los enfermizos" y de la "simpleza terrestre" de la prosa mercantil. Casa expresiones inesperadas como "pastorear" la soledad o los rencores, hablar

un extranjero el español "con una piedrecita en la sintaxis", "oxidarse" las flores y hacer "el amor absoluto en la línea divisoria de la vida y la muerte". Revuelve el diccionario para apoderarse —con alguna excepción?— de los términos más propios que el hablante común medianamente culto de estas zonas ignora, pero de los que no podría hallarse sustitutos más precisos ni más castizos: menstrual (p. 15), desgazar (p. 131), esgarrar (p. 167), por ejemplo. Encandila al lector con el fulgor de imágenes plásticas, ágiles y poéticas a la vez que robustas: "El cielo se desplomó en un aguacero de desastre", "El doctor Urbino le sonrió desde la otra orilla del éxtasis", "Lotario Thugut tenía una perinola de querubín que parecía un capullo de rosa". No es menor indicio de su capacidad poética —a riesgo de abundar en la cosa— la metáfora realmente espléndida, maravillosa con la que describe a Euclides, el buzo de doce años, que "era rápido y astuto ... con un cuerpo de anguila que parecía hecho para pasar reptando por un ojo de buey". Los diálogos, en fin, atrapan la memoria del lector entre otros de sus méritos. Una vez más GGM es un maestro en el manejo de los diálogos. Escasos pero contundentes son gemas preciosas en la maquinaria acabada de la novela, diamantes y rubíes minúsculos pero deslumbrantes en el reloj del discurso. Nada sobra en ellos, nada falta y reproducen en magistrales síntesis la cultura popular y los rasgos de carácter que quiere destacarse en los personajes.

II

Lo que caracteriza a la novela, que es burguesa, es la dimensión de la interioridad. Lo que hace grandes a los grandes novelistas es su acierto para lograr revelar las agonías y las contradicciones del individuo humano en lucha con su destino, con su ambiente histórico y social, con su circunstancia particular, que asume en manos del gran autor una perspectiva universal. Cuando digo grandes novelistas digo Cervantes, Flaubert, Dostoiévski, Proust, Thomas Mann. Interioridad, individualidad, angustia son categorías que la sociedad burguesa occiden-

tal ha nutrido y llevado a su momento de madurez que bien podría ser un momento excesivo y vicioso (quién lo dirá?), pero que de cualquier modo es lo que precisamente constituye el carácter de la modernidad burguesa. Es, por tanto, un hecho más allá de las valoraciones queridas o indeseables.

La interioridad discurre en la novela por aquellos períodos del discurso en que se rebasa la narración de eventos que pueden *informar* sobre la historia de un personaje o que pueden divertir al lector por la gracia de las escenas o por los golpes de ingenio del narrador o que pueden darnos con simpatía o irónicamente el sabor de una época o el talante de una región del planeta, pero que no nos plantan de cara al drama interior del hombre, al momento de las interrogaciones filosóficas con las que Gauquin tituló su famoso cuadro: "De dónde venimos, qué somos, a dónde vamos?". Es, acaso, de lamentar que la filosofía irrumpa con su ejército de barbudas solemnidades en el espacio de la novela, pero tal es el caso en la gran producción, aunque esta invasión molesta se opere bajo la especie metafórica del caballo de Troya de la poesía. Condensado en una palabra, la interioridad es el momento de la contradicción, es Edipo sometido al escrutinio de la esfinge. En *El amor en los tiempos del cólera* hay espacios tocados de interioridad. Por ejemplo, la visita del doctor Juvenal Urbino a la Compañía Fluvial del Caribe una tarde de tormenta cuando Urbino y Ariza resultaron enfrentados al tema de Fermina Daza como "víctimas de un mismo destino y /.../ de una pasión común" (p.263); el momento de reflexión en que Fermina Daza (tras la muerte de doña Blanca de Urbino y la mudanza a la nueva quinta de La Manga y la reconciliación con las berenjenas) "empezó a vislumbrar el desencanto de no haber sido nunca lo que soñaba ser cuando era joven" (p. 303), sino que acabó transformada en una "sirvienta de lujo"; el develamiento de la infidelidad del Dr. Urbino con la doctora Barbara Lynch "después de que / Fermina Daza / lo interrumpió en su lectura de la tarde para pedirle que la mirara a la cara y él tuvo el indicio de que su círculo infernal había sido descubierto" y, en fin, la extraordinaria consideración sobre el envejecimiento de las parejas y sobre los cambios sorprendentes a esa edad en la

1. Las citas corresponden a la edición amarillada de la novela por La Oveja Negra.

2. En la pág. 122 aparece la voz 'cábila' (sic) esdrújulizada. En realidad la palabra es grave, paroxítona: 'cábila'; procede del árabe 'qabila' y significa 'tribu'. (error tipográfico?).

resistencia física y anímica de cada uno, todo ello en el capítulo penúltimo (p. 351).

III

Lo que se echa de menos justamente en esta obra es una presencia más viva y persistente de esta dimensión interior de la vida humana entretejida en la urdimbre natural de la novela. GGM tiende a hacer desfilar demasiados personajes por el escenario de sus obras y más que caracterizados estos resultan caricaturizados. Hace con ello honor, quizá, al rasgo de los hombres "en una tierra de guasones inmortales", según su propia definición, y reclama con ello su derecho a ser festivo como lo fue Rabelais, como lo fue Cervantes. Pero sin humanidad las cosas no van. Lo caricaturesco no reduce o desplaza lo humano en el personaje de Sancho Panza.

El personaje de Juvenal Urbino, al que no se aplica, por supuesto, la idea de la caricatura, parece, sin embargo, al menos por un rato, desarticulado. El hombre de la luna de miel en el trasatlántico a Europa no concuerda con el hombre descrito antes de ese episodio, parece otro más joven, más audaz, mucho menos cándido que el que teníamos hasta ese punto y esas nuevas cualidades, empero, se dan por sabidas, no se explican. Hay mucho énfasis en el empaque y mucho empaque en algunos personajes. Fermina y Florentino, en cambio, resultan más cercanos, aunque muchos no entiendan por qué tanta espera no pone más tormento y malestar en el alma del sensitivo Florentino. La dignificación de Florentino en su madurez es, sin embargo, un acierto incuestionable del autor: "Su timidez —se nos dice— se decantaba como una cierta lejanía enigmática, le sentaba bien un ligero aumento de peso, le convenía la lentitud de la edad y había sabido resolver con dignidad la calvicie arrasadora" (p. 305-306). Por otra parte, los vaivenes en las valoraciones que hace Fermina de su vida matrimonial dejan al lector en la cuerda floja. En cada caso, cuando negativas o cuando positivas, son demasiado concluyentes. En una ocasión nos queda clara, copiosamente ilustrada,

la 'equivocación' del matrimonio, de cómo el amor perdió aquí la batalla consabida contra la conveniencia y los prejuicios sociales. Más adelante, empero, vemos a Fermina dueña de su destino y de "un marido que volvería a preferir entre todos los hombres del mundo si hubiera tenido que escoger otra vez". La inconsistencia, que es real y posible, pues dialéctica es la vida, no parece, sin embargo, conscientemente advertida y asumida.

GGM nos quiso ofrecer una obra sobre el amor total, ideal y carnal, adolescente, adulto y aún senil, como para demostrar que las distinciones en este aspecto son impropias, moralistas y torpes. No hay amor en la abstracción del calor de los cuerpos y el amor no es propiedad inalienable de una edad o de un período de la vida. Y, sin embargo, la impresión final es que en la obra quedan dos partes de no homogénea calidad: una, la de la relación efectiva entre Fermina y Florentino que en el libro ocupa su principio y su final. Y otra, la de las aventuras sexuales de Florentino que parecen un largo túnel oscuro y aburrido entre esos dos espacios de luz: el principio y el final de la obra. Es un camino demasiado largo y que hubiera podido abreviarse en el que el autor exhibe su valor admirable, en otros campos comprobado, para tratar descarnadamente, con completa franqueza sobre los asuntos del sexo en un lenguaje rotundo y cadencioso y como ciudadano de un país lastrado por la pacatería histórica y el moralismo de los santafereños conventuales. Pero ese espacio intermedio discurre en un nivel diferente, algo excesivo, por debajo de las dos puntas luminosas de la estructura del libro. Excesiva es la detención en la descripción de los sexos en el viaje de bodas, no por el tema o por el asunto, que está asumido de manera mucho más elegante y artística en otros pasajes del libro, sino justamente por el tratamiento, que se regodea por un tiempo muy largo y con la "cámara" absorta en los detalles más nimios de la imagen como en ciertas películas menores. Algo del *estereotipo* de la cultura de la costa caribe parece ir envuelto en esta decisión. Hay mucho de alzarse la falda ante el público en eso de dividir el mundo sentenciosamente "entre los que tiran y los que no tiran", como "entre los que cagan bien y los que cagan mal" (p. 251) y un

MEDIO SIGLO DE POESIA LATINOAMERICANA EN UNA ANTOLOGIA

Roy Bartholomew

El Fondo de Cultura Económica de México acaba de publicar, en la colección Tierra Firme, *Antología de la poesía his-*

panoamericana, selección, prólogo y notas del crítico y poeta colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, actual agregado

vuelo muy lejano de la imaginación, al parecer, en la aberración de las lavativas 'amorosamente' (!) compartidas (p. 371).

IV

Más allá de las críticas (y de los elogios) que pueda suscitar nos la última creación del más importante autor colombiano de este siglo hasta la fecha, cabe la pregunta fundamental: en qué momento nos hallamos del desarrollo novelístico en el país?

Si aceptamos que la novela en su concepto auténtico y eminente es burguesa y, por tanto, expresión del drama individual y espejo de las interioridades y, además, clásicamente urbana, pues lo burgués es urbano, hemos de concluir que estamos a medio camino entre la épica que es el género de las sociedades rurales, colectivistas, legendarias y míticas como 'Macondo' (una épica *sui generis*, por supuesto) y la novela en el sentido de Mann o Proust. Parte del éxito de cierta novela latinoamericana (no de toda) en el viejo continente es su capacidad para representar un mundo que la novelística europea tiene vedado por superado. Y si los europeos jóvenes de hoy se aventuran por los caminos del realismo mágico (como casos ocurren) está claro que lo hacen a la tercer mundo: importando e imitando productos foráneos.

A los hombres urbanos de Latinoamérica esta novelística nos divierte cada vez más y nos expresa tendencialmente cada vez menos (así aún exprese bastante). Esto no va en desmedro de la excelente obra de GGM por otros conceptos, ni la de los otros que con menos éxito y maestría que él cruzan la misma senda, ni debe interpretarse como un gesto ridículo de petulancia en el abismo, sino que está dicho en reclamo del establecimiento y el estímulo a una novelística que trascienda el ámbito vital y 'épico' de la familia-extensa y de la tribu, para detenerse en los problemas de ese hombre que justificó el epígrafe de *La Náusea* en 1938: "Es un muchacho sin importancia colectiva, exactamente un individuo". Y nosotros ya vamos estando en mora de afrontar esa tarea, de revelar ese mundo.

El tema es la poesía de los últimos cincuenta años en la América hispánica, el área mayor de la lengua española y de la mayoría de los hispanohablantes. Quedan representados doce países, se incluye a sesenta y siete poetas, se reproducen casi trescientos cincuenta poemas. Dentro de la esencial unidad del idioma se aprecian matices nacionales y regionales, que con el paso del tiempo, los medios de comunicación y la concentración urbana se van atenuando. En diez lustros hay experiencias comunes, actitudes estéticas, sociales, políticas que vienen y van. La idea, más atendida que el canto, corre desde el acoso existencial hasta el humor corrosivo, pero predomina la poesía pura o de exclusiva intención poética. En el vasto panorama, que supone mar de lecturas, una de las primeras impresiones es que la unidad se destaca por sobre la diversidad, muy rica por cierto.

Se incluye a poetas nacidos entre 1910 y 1939: van desde los setenta y cinco a los cuarenta y cinco, con una producción que abarca las cinco décadas corridas desde 1935. Medio siglo inmediatamente posterior al medio siglo que registró la memorable antología de Federico de Onís en 1934. Varias selecciones se publicaron desde entonces, algunas excelentes; la de Cobo Borda pone en quinientas páginas el panorama más completo. Para todo lector hay sorpresas y hallazgos; los menos familiarizados descubren un acervo de gran riqueza, poesía hispanoamericana de tomo y lomo. (También lo fue la modernista; algunos críticos parecen ir descubriendo que el modernismo fue un fenómeno esencialmente americano, pero eso ya lo razonó Alfonso Reyes hace más de sesenta años, él mismo representante del posmodernismo o segunda etapa de esa renovación poética encabezada por Darío, el gran libertador, a la que hay quien considera el romanticismo original de que carecimos).

México figura con trece poetas: José Carlos Becerra, Rubén Bonifaz Nuño, Francisco Cervantes, Alí Chumacero, Jaime García Terrés, Efraín Huerta, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Jaime Sabines, Gabriel Zaid, Tomás Segovia (nacido en España). La Argentina figura con nueve; Juan Gelman, Alberto Girri, Roberto Juárez, Francisco Madariaga, Enrique Molina, Olga Orozco, Alejandra Pizarnik, Alfredo Veiravé, Saúl Yurkievich. Colombia figura con ocho: José Manuel Arango, Eduardo Carranza, Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Durán, Jaime Jaramillo Escobar, Alvaro Mutis, Giovanni Quessep, Mario Rivero. Cuba, con ocho: Gastón Baquero, Eliseo Diego, Roberto Fernández Retamar, Fina García Marrus, Fayad Jamís, José Lezama Lima, Herberto Padilla, Cintio Vitier. Venezuela con siete: Rafael Cadenas, Vicente Gerbasi, Juan Liscano, Euge-

nio Montejo, Ramón Palomares, Juan Sánchez Peláez, Guillermo Sucre. Chile, con seis: Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, Oscar Hahn, Enrique Lihn, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas. También Perú figura con seis: Carlos Germán Belí, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Blanca Varela, Emilio Adolfo Westphalen. Nicaragua figura con cinco: Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Martínez Riva, Ernesto Mejía Sánchez, Joaquín Pasos. Uruguay dos: Idea Vilariño, Ida Vitale. César Dávila Andrade representa a Ecuador, Roque Dalton a El Salvador y Jaime Sáenz a Bolivia. Quedan sin representación Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá, la República Dominicana, Puerto Rico, Paraguay. Los poetas se suceden cronológicamente y en la parte correspondiente se dan las fechas de nacimiento y muerte y la bibliografía: no hay datos biográficos, tampoco en el prólogo; la intención es hacer un panorama de la poesía, no de los poetas. Lamentablemente, falta al pie de cada poema la mención del libro al que pertenece: ésta conviene, no sólo por un orden general, sino para ubicar al poema dentro de la producción del autor; algunos llevan cinco décadas de publicar libros. El número de poemas que se reproducen de cada autor —desde uno hasta diez— no significa preeminencia: José Manuel Arango, único que figura con diez poemas, ocupa cuatro páginas; Octavio Paz, que figura con tres, ocupa veintisiete (es el poeta al que se concede mayor espacio), Gastón Baquero, del que se da un solo poema, ocupa diez. Son muchos los poemas extensos.

Algunos de los sesenta y siete han muerto: Eduardo Carranza (1913-1985), Jorge Gaitán Durán (1924-1962), José Lezama Lima (1910-1976), José Carlos Becerra (1936-1970), Efraín Huerta (1914-1982), Sebastián Salazar Bondy (1924-1965), Ernesto Mejía Sánchez (1924-1985), Joaquín Pasos (1914-1947), Roque Dalton (1936-1975), César Dávila Andrade (1918-1967), Alejandra Pizarnik (1936-1972). El de más edad es Enrique Molina: nació en 1910. Esta fecha límite impide que, entre otros grandes poetas, se incluya a dos, uno vivo, otro muerto, que llenan vastamente el último medio siglo: Borges (1899), el "otro libertador" según Cobo Borda, y Pablo Neruda (1904-1973).

¿Cuántos de éstos nombres conoce el lector? ¿Con la obra de cuántos de ellos está familiarizado? Salvo algunas cumbres, las tiradas son reducidas, los libros de poemas son los que menos cruzan las fronteras, no abundan los que llegan a cubrir el espacio razonable del propio país. La reticencia a consumir poesía, innegable en nuestra América, se debería, según opinión que corre como moneda de buen cuño, a la creciente tendencia al

hermetismo, a la falta de apoyo en recursos mnemotécnicos (medida, rima), a la proliferación de poetas tan fríamente inmersos en sí mismos que a medida que se los va leyendo se los va olvidando. La explicación no es tan sencilla. En todo caso, los poemas reunidos no la justifican ni admiten. El material es de alto nivel y en general su ingreso en nuestra inteligencia y estima es inmediato. ¡Piense el lector en la suma que se le ofrece en un volumen! La poesía de nuestra América está injustamente relegada con respecto a la novelística de los últimos años. Es poesía de valor universal.

Ninguno de los poetas congregados está de más. En cuanto a los que faltan, o puede que falten, depende del gusto de cada uno o del refunfuño de los excluidos. La tarea de Cobo Borda tiene validez docente, destinada a larga vigencia.

En cuarenta y cinco páginas el prólogo analiza los orígenes, fuentes y desarrollo, los vasos comunicantes, las afinidades que se dan de una punta a otra del territorio, los matices y propósitos, universalidad, neorrománticos, invencionistas, surrealistas, etc. No hay vacilaciones ni digresiones, el criterio es sereno y firme, la condición de americano de nuestra época —serlo y parecerlo—, indispensable para el ingreso. Noble defensa de la poesía, de una poesía en movimiento, como supo definir Octavio Paz. También el poeta es testigo, un testigo capaz de registrar claves oscuras de la realidad y lo inmediato, con rescates sin límite.

Cobo Borda aprecia tres direcciones principales: la reacción crítica, la superación por el camino de la poesía pura, la negación radical de la poesía modernista. "La poesía —dijo T. S. Eliot en *El bosque sagrado*— no es un derrame, sino un escape de la emoción; no es la expresión de la personalidad, sino un escape de la personalidad. Sólo los que tienen personalidad y emoción saben lo que significa escapar de ellas". Por su parte, Edmund Wilson sostuvo en *El castillo de Axel*: "La historia literaria de nuestro tiempo es, en gran parte, la del desarrollo del simbolismo y de su fusión o conflicto con el naturalismo". Y Paul Valéry pensaba que el poema es un problema intelectual que hay que resolver ("retomando, para renovarlas las queridas tradiciones de nuestra memoria"). Cobo Borda destaca estos entronques conceptuales ampliamente válidos, que no se contradicen.

Hacia 1935, cuando comenzó la actividad creadora de los primeros poetas aquí antologados, había suponer que ya no quedaban en nuestra América cisnes a quienes torcer el cuello de engañoso plumaje. Los había, los siguió habiendo, los hay. No tienen cabida en esta antología.

En cuanto a las sorpresas y hallazgos que el deterioro ahora cartografiado depara, confieso una personal (no es la única): Giovanni Quessep, el colombiano nacido en 1939, último de los incluidos. El poema que cierra el libro se titula, significativamente, "Alguien se salva por escuchar al ruiseñor":

Digamos que una tarde
El ruiseñor cantó
Sobre esta piedra
Porque al tocarla
El tiempo no nos hiere
No todo estuvo olvidado
Algo nos queda
Entre las ruinas pienso
Que nunca será polvo

Quien vió su vuelo
O escuchó su canto.

"Mutatis mutandi", esta delicada miniatura podría figurar en la antología griega. Los dioses sonríen. La poesía, palabra en el tiempo.

MUSICOS ALEMANES

Egberto Bermúdez

Julio Sánchez Reyes, *Bach, Schütz, Händel y Berg. 1985. Aniversario de cuatro músicos germanos*, Bogotá, COLCULTURA, 1985.

Durante 1985 aparecieron en todo el mundo numerosos artículos y estudios (tanto especializados como divulgativos) sobre varios de los aspectos de la vida y carrera musical de los compositores nacidos en 1585, 1685 y 1885. Entre estas publicaciones, predominan aquellas sobre compositores individuales o sobre aspectos específicos de su obra. El libro de Sánchez Reyes tiene como hilo conductor fundamental el origen germánico de los cuatro músicos lo que explica la ausencia de Doménico Scarlatti (1685-1757), otro importante compositor nacido el mismo año que Bach y Händel.

Este último aspecto merece especial atención ya que evoca los escritos de Wilhelm Dilthey (1833-1911) sobre el arte alemán, en especial los capítulos dedicados a la música en los que afirma que "Con Bach y Händel el señorío sobre el arte de la interioridad, pasó de las naciones románicas a Alemania, y hasta hoy hemos seguido afirmando este señorío"¹. Los comentarios de Dilthey, se deben entender teniendo en cuenta que fueron escritos en un momento de esplendor de la música alemana y que fueron producto de una mentalidad neo-kantiana, apriorística y obsesionada con sus propios ideales de grandeza, que llevaron a sus ideólogos a autocompararse con la Grecia clásica y a promocionar a Goethe y a Beethoven como los paradigmas de su "genio".

Si ésto puede comprenderse (aunque no justificarse) en la Alemania de Bismarck, una actitud similar resulta desconcertante (por decir lo menos) en la Colombia de 1985. Sánchez Reyes articula su estudio sobre un axioma citado entre comillas aunque de autor no identificado (p. 9):

Además de la coincidencia de sus nacimientos, en el año 85, de tres siglos distintos, ¿qué tienen en común estos compositores? Fundamentalmente la raza. Lo cual nos habla ya de una mezcla singular de rigor e idealismo, disciplina y fantasía; y también de la innata disposición de los germanos para "apreciar lo bueno donde quiera que lo encuentren y sacar provecho de ello".

La "ley instintiva de la raza" —como la denomina Sánchez Reyes— es identificada más adelante (p. 15) y atribuida a G. E. Lessing (1729-1781), mención obviamente descontextualizada que es utilizada ideológicamente por el autor para sustentar su discutible argumentación. Händel es descrito (p. 9) como ejemplo de un "peligroso ideal artístico internacional", agrega Sánchez Reyes "peligroso en la medida en que puede vulnerar la ley de la raza". Lo paradójico en la obra de Sánchez Reyes es que en aras de evitar esa "peligrosidad" y por proteger esa "ley de la raza", el nazismo demente proscribió la obra de Berg, otro de los músicos agrupados por el autor del libro con base en la supuesta existencia de la "genialidad" germánica.

Esta ideología es inadmisibles hoy en día y más como base de una publicación que según su autor (p. 9), sólo pretende "brindar alguna información útil sobre temas

caros a los buenos musicómanos", algo aparentemente inofensivo pero "peligroso" a nivel de educación artística en un país multicultural y multirracial como el nuestro.

Otro aspecto de la obra que merece comentarse es el uso de algunas definiciones y categorías propias de la discusión musicológica y de la historia de la música. El esquema histórico empleado es simple y se limita a la enumeración de hechos y de obras sin una visible articulación histórica e ignorando su contexto social y cultural. En los textos biográficos el autor no menciona las fuentes y éstas aparecen sólo en tres de los cuatro capítulos en forma de bibliografía. De más de treinta obras citadas sólo tres son trabajos publicados después de 1970; en consecuencia, al no incluir los resultados de recientes investigaciones y análisis, éste trabajo no aporta mucho a la bibliografía existente en español y aún publicaciones generales como las de Grout, Salzman y Robertson y Stevens resultan infinitamente más informativas que el libro de Sánchez Reyes².

Por último, el uso de términos y categorías musicológicas en forma imprecisa y confusa no contribuye a la utilidad del libro. Ejemplo de ésto es el uso indiscriminado de los términos 'bajo continuo' y 'bajo cifrado' (p. 14) lo mismo que el de

1. Ver Wilhelm Dilthey, *Von deutscher Dichtung und Musik*, lo relativo a la música publicado en: Wilhelm Dilthey, *La Gran Música de Bach*, Madrid: Cuadernos Taurus, 1963.

2. Ver Donald J. Grout, *Historia de la Música Occidental*, Madrid: Alianza Editorial; Eric Salzman, *La Música del siglo XX*, Buenos Aires: Ed. Victor Lerú, 1972 y A. Robertson y D. Stevens (eds.), *Historia General de la Música*, Madrid: Istmo-Alpuerto, 1972, 4 vols.

'Clave', 'Clavicímalo o Clavicordio' (p. 158); ya que el *bajo continuo* podía o no ser cifrado y la palabra alemana 'Clavier' es más cercana a "teclado" en general que a un instrumento específico. El uso de categorías como "polifonía objetiva" (p. 13) así como la confusa definición de tonalidad como "un sistema basado en la atracción natural que una nota ejerce sobre las demás" acentúan los problemas

conceptuales (técnicos, analíticos y estéticos) de este trabajo.

Por otra parte, los facsímiles de partituras y de ediciones originales son bastante buenos aunque esto no ocurre con las fotografías que, en general, resultan bastante borrosas. La impresión y encuadernación son buenas y los errores de imprenta son mínimos.

Debido a lo citado, el trabajo no es recomendable, aunque sus textos biográficos y las listas de obras puedan tener cierta utilidad. Sin embargo, los inadecuados conceptos históricos, estéticos e ideológicos que vician el trabajo hacen que sea casi imposible desligar la información útil del discutible marco de referencia en el que se halla contenida.

Bogotá, 4.5.86

ESTADO Y MINORIAS ÉTNICAS EN COLOMBIA

Alvaro Román Saavedra

Myriam Jimeno S. - Adolfo Triana A., *Estado y Minorías Étnicas en Colombia*. Cuadernos del Jaguar y Funcol, Bogotá, 1985.

Confluyen en este libro los conocimientos de la antropóloga MYRIAM JIMENO y del abogado ADOLFO TRIANA, con el propósito de darnos una explicación conceptual y teórica de la cuestión indígena en el marco de las leyes que nos rigen y del papel jugado por el Estado colombiano. Con base en una documentación copiosa —cuadros, mapas, entrevistas, manuscritos— y una significativa experiencia investigativa, los autores nos presentan, en una serie de ensayos, el devenir de los indígenas dentro de los procesos de transformación y conformación del Estado-Nación en Colombia.

El ensayo escrito por JIMENO sobre "El Estado, las políticas estatales y los indígenas", introduce una discusión teórica sobre el Estado, su relación con las "minorías étnicas" y el papel catequizador de las misiones. Ante las distintas denominaciones utilizadas por antropólogos y no antropólogos, cuando se refieren a los indígenas, tales como naciones, minorías nacionales, nacionalidades, etc., JIMENO encuentra más adecuado aplicar el término de minorías étnicas, no obstante su complejidad. Ello la lleva a buscar una precisión de contenido que a mi manera de ver es acertado, pues como instrumento conceptual le permite adelantar los análisis y diferenciaciones posteriores en una perspectiva etno-política.

Muy pronto surge en el ensayo la preocupación por el Estado. No sólo desde un punto de vista teórico en cuanto a su esencia y relaciones en el contexto capitalista, sino en cuanto a su significado contradictorio y disolvente para los indígenas. Las particularidades del fenómeno

están dadas por los grados de desintegración, especificidades socio-culturales y resistencia ofrecida por las "minorías étnicas".

Toma JIMENO la religión católica para mostrar cuál ha sido su papel a nivel ideológico y cultural, en apoyo al proceso de estructuración del Estado. Iglesia y Estado han permanecido unidos a lo largo de la historia de Colombia. Ello es claro, por ejemplo, cuando la autora nos sustenta la función de las misiones en la vida de las comunidades indígenas, papel que no sólo se evidencia en el proceso de su conquista y colonización, sino fundamentalmente en la etapa posterior a la "independencia" del yugo español, en la que se da comienzo a la formación del Estado colombiano.

Hoy en día, no obstante la posición crítica asumida por varias comunidades indígenas y la reducción de la cobertura de las misiones, éstas siguen influyendo significativamente en aquéllas, sin abandonar su pretensión de asimilarlas a los patrones religiosos de la cultura dominante, a través principalmente de la educación institucional como acontecía en el pasado aunque con un control directo por parte de organismos estatales. A estas situaciones se refiere JIMENO con una buena base documental.

En el ensayo escrito por JIMENO y TRIANA sobre "El Estado y la política indigenista", los autores plantean las transformaciones ocurridas en el país a partir de los años sesenta y sus repercusiones en la búsqueda de un nuevo ordenamiento del Estado a nivel económico y

social, lo que también incidió en la dinámica de las "minorías étnicas". A mi modo de ver, por su contenido, análisis y aportes, es el mejor ensayo de todos los que conforman el volumen. El período analizado se enmarca en los acontecimientos socio-políticos del Frente Nacional y los cambios que se suscitaron. Ciertamente la coalición bipartidista, que devolvió al país "la normalidad institucional", sirvió para afianzar a la clase dominante en el poder con su proyecto de modernización del Estado, necesario para responder al desarrollo del capitalismo monopolista.

Un aspecto fundamental de las políticas adelantadas en las primeras etapas del Frente Nacional, lo centran los autorres en el problema de la tierra, que afectaba significativamente a campesinos pobres e indígenas. Es por ello que el gobierno impulsa una reforma agraria que no sólo permitía responder a las exigencias de la Alianza para el Progreso y a la indispensable transformación del agro acorde con los intereses del capitalismo en ascenso, sino también a la búsqueda de soluciones concretas desde el punto de vista social y a la violencia política que había castigado implacablemente numerosas zonas rurales.

En las comunidades indígenas, el INCO-RA (Instituto Colombiano de la Reforma Agraria) adelantó la distribución de tierras y la asistencia, con base en criterios derivados de la cultura dominante, mediante la constitución, por ejemplo, de Unidades Agrícolas Familiares (UAF); se pretendía entonces disolver los resguardos existentes y crear reservas. Los

resultados de dichas políticas fueron negativos para las comunidades indígenas como tales, puesto que se les trató homogéneamente por encima de sus especificidades regionales y culturales. Aunque posteriormente el INCORA cambió algunos criterios en cuanto al otorgamiento de tierras y créditos, bajo la concepción de "empresas comunitarias", la situación siguió siendo adversa.

Otro aspecto estudiado por JIMENO y TRIANA en su ensayo, se refiere al papel que cumplen agencias y organismos estatales como la División de Asuntos Indígenas (DAI), el Departamento Nacional de Planeación (DNP), etc., mediante una política de integración de los indígenas a la vida nacional, que ha tenido realmente un carácter asimilista, con sus consecuencias disolventes para las "minorías étnicas". Frente a ello han surgido movimientos indígenas en defensa de su territorio, su lengua y su cultura, como el CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca), con importantes logros reivindicatorios.

En el ensayo escrito por JIMENO sobre "Cauca: Las armas de lo sagrado", se toma a la comunidad indígena Paez de Tierradentro como base para realizar un análisis más concreto sobre el impacto deculturador de los misioneros católicos y no católicos. Los indígenas Paez han demostrado una gran capacidad de adaptación y reafirmación a lo largo de su historia, no obstante los embates de fuerzas externas en su dinámica socio-cultural. Son los misioneros una de esas fuerzas que por su marcado etnocentrismo, al tener dificultades en distintos momentos para lograr sus propósitos catequizadores debido a la resistencia brindada por los grupos indígenas, llegan a considerar a éstos con calificativos tales como salvajes o bárbaros. Ahora bien, como lo demuestra JIMENO en su ensayo, los procesos socio-económicos y políticos vividos en la región, facilitaron la penetración religiosa. Poco a poco van entrando en mutuo apoyo la iglesia y el poder económico, lo cual se traduce posteriormente en un factor decisivo en las transformaciones padecidas por los grupos indígenas caucanos.

Una expresión de resistencia que tuvo hondas repercusiones no sólo entre los Paez, sino también como símbolo de lucha entre otras agrupaciones indígenas, fue la liderada por Quintín Lame en los años de 1914 a 1917, en defensa de sus derechos. A ello JIMENO se refiere ampliamente en su ensayo.

Otro aspecto resaltado a nivel de la resistencia indígena, se relaciona con el sistema chamánico y mágico Paez, aunque hoy en día tiende a ser desplazado de manera contradictoria por el poder del cabildo, debido a presiones externas. No

obstante nacen movimientos mesiánicos y religiosos en oposición al sometimiento de fuerzas externas, que la autora en palabras de Balandier denomina: "Las armas de lo sagrado".

El hecho reciente más significativo para los grupos étnicos locales, en cuanto a la defensa de su especificidad socio-cultural, se dio con el surgimiento a comienzos de los años setenta del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), el cual, a mi manera de ver, merece un análisis más detenido y profundo, por lo que él ha representado para las luchas indígenas a nivel regional y nacional.

Los tres últimos ensayos del libro, escritos por TRIANA, se refieren a "El Estado, el derecho y las comunidades indígenas", "Ley nacional, costumbre y etnia" y "El caso del Resguardo de Puracé". En su conjunto muestran las características de nuestro ordenamiento jurídico de clara influencia europea y las contradicciones suscitadas en la aplicación de las leyes nacionales a los grupos indígenas, dadas sus especificidades étnicas, culturales, regionales y sus propias leyes.

Nuevamente está presente en el libro la preocupación por el Estado y su esencia clasista. Principalmente en relación con el derecho, en cuanto que éste es la base de la legitimación de las acciones de aquél, en el marco de la Constitución Política Nacional. A este nivel las comunidades indígenas, por sus características y especificidades, no encajan, son "atípicas", con todas las consecuencias que ello significa para su sobrevivencia. Es evidente, como lo demuestra el autor con fundamentos históricos, la ligazón del poder económico, con el político y el religioso en desmedro de las "minorías étnicas", así algunos programas desarrollistas pretendan hacer lo contrario.

Merece destacarse por lo bien sustentada y documentada, la denuncia que el Doctor TRIANA elevó ante el Tribunal de Russell, reunido en 1980 en Rotterdam. Demuestra una vez más, con la situación de conflicto agudo presentada entre los indígenas del resguardo de Puracé e Industrias Puracé S. A., cómo los intereses del Estado capitalista colombiano se colocan por encima de los derechos a la tierra, al trabajo y a la misma vida de dichos indígenas.

Finalmente considero que el libro en su conjunto es subgerente en el campo de la Antropología Política, especialmente a nivel jurídico, lo que lo convierte en una base de estudio de problemas que la Antropología hoy en día no puede eludir, como son precisamente la relación entre el Estado colombiano, sus políticas, el ordenamiento jurídico y las especificidades socio-culturales de las minorías étnicas.